

La naturaleza de la pasión

[The nature of passion]

Nicolás Rosa*

Resumen

La reflexión y por momentos la adyacencia de una teoría de las emociones o sobre las pasiones humanas en general tiene larga data en el campo de la filosofía. En la contemporaneidad, la reflexión semiótica de las pasiones incluye estas perspectivas con fenómeno de rebote; alimentada por los precursores semióticos, se encarna en el campo de la significación y del valor de las pasiones y retorna al cauce filosófico. El psicoanálisis no tiene una teoría de las pasiones pero ha reflexionado con cautela sobre el fenómeno pasional desde la perspectiva psiquiátrica –la pasión es un extremo que culmina con la exaltación paranoica o la pasión como la afección y sus alteraciones en las neurosis obsesivas. En la contemporaneidad, la reflexión semiótica ha absorbido todos esos campos, y repone sobre la escena varios interrogantes que generan distintas reflexiones.

Palabras clave: Fenómenos pasionales. Análisis semiótico. Psicoanálisis y literatura.

Abstract

Reflecting on and sometimes a theory on emotions or human passions has a long history in the field of philosophy. Nowadays, the semiotic reflection of passions involves such perspectives and the phenomenon of bouncing; fed by the semiotic precursors, it appears in the significance and value of passions and returns to the philosophical course. Psychoanalysis does not count on a theory of passions but has reflected cautiously on the phenomenon of passions from the psychiatric viewpoint – passion is an extreme that ends with paranoiac excitement, or passion as the ailment and its disturbances in obsessive neuroses. In contemporary times, the semiotic reflection has absorbed all such fields and has put back on stage the different questions that generate different reflections.

Key words: Passionate phenomena. Semiotic analysis. Psychoanalysis and literature

* Es profesor e investigador de la Universidad Nacional de Rosario y de la Universidad de Buenos Aires.

Del dolor no se puede hablar, es un dato de la fisiología in-formal y atético,
es irrepresentable en su extensión humana e histórica y no puede ser representado.
El dolor de la Pasión de Cristo es una figura capital de la cultura occidental, pero es una figura.
El dolor de las Madres de Plaza de Mayo no tiene medida y forma parte
de los irrepresentables absolutos como el sexo o como la muerte.
Si nos permitimos suponer que lo dicho sólo se sostiene por el decir,
como lo escrito se sostiene en la propia escritura,
las pasiones no admiten representación glandular, gástrica ni fisiológica y,
como en la comida, sólo hay un recetario de pasiones despojadas de pasionalidad.
Por eso hablamos de la pasión. Cuando hablo de la pasión,
no la siento y cuando la siento no puedo hablar.

Nicolás Rosa

La pasión. Todo tiende a la perdición

La reflexión y por momentos la adyacencia de una teoría de las emociones o sobre las pasiones humanas en general tiene larga data en el campo de la filosofía, digamos Aristóteles, Santo Tomás de Aquino, Descartes, Leibnitz, Spinoza, en la psicología desde Le Bon a Wundt y en la estética desde Harmman a Fechner, leído por Freud. En la contemporaneidad, la reflexión semiótica de las pasiones incluye estas perspectivas con fenómeno de rebote; alimentada por los precursores semióticos, se encarna en el campo de la significación y del valor de las pasiones y retorna al cauce filosófico. El psicoanálisis no tiene una teoría de las pasiones pero ha reflexionado con cautela sobre el fenómeno pasional desde la perspectiva psiquiátrica -la pasión es un extremo que culmina con la exaltación paranoica o la pasión como la afección y sus alteraciones en las neurosis obsesivas. En la contemporaneidad, la reflexión semiótica ha absorbido todos esos campos, y repone sobre la escena varios interrogantes que generan esta reflexión:

-¿La pasión como constitutiva del sujeto es temporalmente perdurable y, por lo tanto, la reflexión sobre la misma traduce este efecto de temporalidad continuada en la especie?

-O, en sentido contrario, ¿la pasión como anomalía del sujeto que rompe el lazo social es una enfermedad que incita su rechazo o su cura?

-O, el estudio de los fenómenos pasionales acompaña los momentos de fluctuación histórica en los saberes, sean éstos teología, filosofía, psiquiatría o psicoanálisis y por ende los convierten en destino de una diacronía; ¿los hombres del siglo XVII, celaban de la misma manera, si podemos creerle a Shakespeare o a Racine? ¿Las mujeres del siglo XX celan como las describe el delirio celotípico de de Clérambault o de Lacan?

-¿O es un "hapax" dentro de la investigación, salvada ahora por la semiótica?

Es difícil responder a estos interrogantes, pero si entendemos que forman parte de un conjunto solidario, podríamos extender nuestras dudas sobre este acto humano, en tanto es dudoso que los vegetales y animales puedan estar atacados de un delirio de omnipotencia o de erotomanía, aunque no de un instinto suicida u homicida. Todo tiende a la perdición. Podemos señalar una etapa descriptiva (Aristóteles, Platón, Cicerón, las psicologías descriptivistas del siglo XX), una etapa retórica (Descartes, Ambroise Paré, Condillac, Ribot) y la más reciente, causativa-explicativa (Richard Burton, Hegel, Lombroso, Le Bon, Freud, Lacan). La reflexión en el campo de la semiótica actual es riquísima y variada; Eco, Greimas, Remo Bodei, Fontanille, Herman Parret, Paolo Fabbri, Père Salabert, Peer Aage Brandt, Patrizia Magli y la lista sería interminable. En nuestro país no hay estudios sobre este “estado del alma”. Como “excepción” podríamos mencionar el libro de Beatriz Sarlo, “La pasión y la excepción” (2003), pero no analiza una teoría de la pasión, ni las implicaciones valorativas, y se limita a articular la pasionalidad con personajes de la historia argentina actual (Eva Perón, Borges, Aramburu) y sus incidencias en lo político.

Estos estudios, en su generalidad, presentan diferentes aspectos descriptivos con tendencia fenomenológica estructural y al mismo tiempo divergen en relación a los criterios de validación básicos en la descripción de los sentimientos, de las emociones, de su iconicidad y de los afectos que entran en juego. Este hecho revela un fenómeno incontestable: las pasiones humanas en su radical y efímera extrañeza pueden ser dichas, contadas, figuradas, pero no serían motivo de ninguna ciencia o simultáneamente pueden neutralizar la extensión semiótica. Es interesante que las mejores descripciones de los fenómenos pasionales, las encontramos en la literatura. Si de celos, Yago; si de avaricia, Harpagón; si de envidia, la *Cousine Bette*; si de ira y descripción maniaca, Erdosain; si de delirio amoroso, Fedra; si de infanticidio, Medea; y podríamos abundar en los ejemplos. Este hecho generó un fenómeno notable: en todas las descripciones de los tratados de insania, para usar un término epocal, de locura, de la psiquiatría, del psicoanálisis, la prueba de ejemplaridad como prueba epistémica proviene de la literatura, la literatura como prueba de la ciencia (Cf. Nicolás Rosa. *La lengua del ausente*, 1982).

La pasión restringida al campo de la iconicidad –y hay muchos intentos– ha dado origen a una “vulturología” y más allá de las limitaciones de esta frontera, la pasión se dice en los meandros y matices de la voz. Quizás la larga lucha entre la “foné” y la “grammata” haya oscurecido este hecho. Si la pasión tiene voz, el elenco de las voces es alucinante: la voz en falsete de la mentira, la voz sibilina del engaño, la voz meliflua del reclamo, la voz melífica del sopor lúbrico, la voz colérica –aquella que atrajo la atención de la reflexión semiótica desde Aristóteles hasta Fabbri en desmedro de otros tonos, de otros relieves–, la voz blanca de los “castratti”, la voz lastimera de la melancolía suicidaria, la voz del lamento de amor pasional, la voz gutural del atragantamiento vocal de la ira, la voz esofágica del

“angor pectoris”, la voz ronca y traqueal del estertor, la voz entrañable que viene de las entrañas del susurro materno, que convoca una verdadera hiperglosia donde se reúnen lingüistas, semióticos y psicoanalistas, y pienso en Fonagy, Greimas, en Foucault. La descripción semiótica se muestra en oposición a la conmoción subjetiva que es siempre desequilibrada: una palabra o un gesto de amor no es la acción amorosa sino su reemplazo metonímico, pero la ira colérica produce efectos tanto lingüísticos (ruidos furiosos, atragantamiento de los sonidos vocálicos, insultos) como el desafío, la injuria y hasta el ataque asesino. Lacan dice que la injuria es la forma extrema de la metáfora y, agregaríamos, es la precursora de la bofetada o del asesinato. La hipótesis extrema sería que hay relación causal entre la palabra y la significación, pero no hay relación entre el afecto y la figuración, sólo se lo puede decir -con el desmedro semiótico que ello implica- a través del desvío y la coartada lingüística: siempre serán “palabras de amor”. La hipótesis resulta consistente si aceptamos, en contra de Eco y de Fabbri, que el registro de lo real no puede alcanzar el registro de lo simbólico y permanece en el estatuto imaginario de lo no-decible. Se convierte en un “objeto inobservable”, puede alimentar descripciones, taxonomías, sistemas de inferencia y regular el discurso emocional, puede inducir a la celotipia, al masoquismo, al duelo a la melancolía, e incluso al furor homicida, pero el “relato de relación” siempre estará en falta con respecto a lo real fisiológico del cuerpo. La llamada “inefabilidad” de las pasiones encarna una “afanisis” de la representación.

El valor argumentativo de la visibilidad y del trazo -icono particularmente apto para el razonamiento- incrementó el poder de modelización del diseño que hace visible un determinado sistema de relaciones cognitivas; se abre la línea hacia un Claude Bernard, hacia Darwin, hacia Haeckel. El triunfo de la medida antropológica y la geometrización del cuerpo son los modelos de reconocimiento de las reglas de lo bello y la base de lo estético. Kant, en 1764, en la “Observación sobre el sentido de lo Bello y lo sublime”, hace derivar el comportamiento patológico de la producción intensiva del temperamento: la pasión excesiva -Gramsci hablará mucho tiempo después de “leves pasiones”, como si las pasiones regulasen su tímica- desborda en patología. Al mismo tiempo, la degradación está en acecho, la degradación por extensión o por disminución o por exclusión, el objeto de lo pasional es siempre uno y excluye a los otros; de allí proviene su alienación y la introducción de lo no-bello, de lo no-armonioso, de lo anormal, de lo deforme. Lombroso cita a un “malfattore” prisionero en San Petersburgo, que decía: “La deformidad de mi cuerpo expresa la enfermedad de mi razón y de mi carácter moral. Y así como mi cuerpo está privado de geometría, mi cuerpo es deforme” (citado por Strasser, 1993). Esta reducción geométrica todavía resuena en 1991; el libro de Remo Bodei se llama “Geometría de las pasiones”. Las pasiones van por dos y en espejo, una simetría especular y simétrica: la más crucial es amor-odio;

que Lacan intenta destruir en la fusión “odio-enamoramiento”. Sólo se odia a quienes se ama.

Las corrientes pasionales que provienen del nivel profundo del cuerpo (corazón, vísceras, la “bilis negra” de Hipócrates) y que marcan el temperamento y la “humedad” de la pasionalidad; la ira, el frenesí, la cólera, los “humores” y las clasificaciones espaciales de las pasiones, las pasiones altas y bajas, las determinaciones ético-morales, las pasiones buenas y malas o las delimitaciones tímicas o semióticas de las pasiones ancladas predominantemente en la fuerza activa –la pasión como emoción, como moción, como motor de las conductas. En estas organizaciones aparecen dos elementos como soportes definitorios, que no son sino las caras de una única moneda: la fuerza de acción y de atracción, un modelo hidráulico y acuoso, como lo señala Patrizia Magli, de los humores y la corporalidad como pura actividad que contamina la metáfora pulsional. El destino de esta organización eligió siempre los modos activos fuertes, la ira o el furor –la “hybris” en la cultura griega, la luz como procedimiento activo y generador en el Renacimiento, o la imagen del ardor (el fuego) para las fuerzas pasionales del Romanticismo. El cuerpo privilegia el rostro como marco del espectáculo de las pasiones, desde el sonrojo y la palidez para las pasiones tímicas, hasta la desfiguración para la ira, la convulsión histriónica para la cólera, y hasta las formas criminales de la pasión en el positivismo. Incluso el psicoanálisis, al no desdeñar los síntomas de la afección, prefigura una interpretación dinámica del rostro en sus efectos: las huellas de la pasión en el llanto, la risa, el suspiro, el hálito, turbulencias de la enunciación y del silencio. Esta interpretación dinámica se vincula con la psiquiatría positivista de la época del nacimiento del psicoanálisis. De Charcot a Freud habrá un paso gigantesco dentro de la misma senda; la ruptura, en este caso epistemológica, se produce en el acontecimiento de la palabra y en el desplazamiento de la visión a la audición. El signo-efecto es el signo clínico, un síntoma. Foucault señala (Cf. Foucault, 1966) que la aparición del signo-efecto caracteriza el pasaje del Renacimiento al siglo XVI, preanunciando el desplazamiento de la ciencia de lo visible (la astronomía, la óptica y toda la telescopía de la época) a la ciencia de lo invisible. El objeto de mayor invisibilidad contemporánea es el inconsciente, heredero del alma. Como lo señala Bodei (Bodei, 1995) con respecto a las modificaciones históricas que sufren las pasiones en relación a las determinaciones del deseo, en tanto están diciendo y explorando un espacio nuevo del acontecer temporal y su proyección en el futuro –el “deseo de” anclado en el objeto ausente que sostiene al sujeto “en espera”–, van generando nuevas formas de expectación y promisión social en donde se enlazan lo individual y lo social. El Romanticismo elaborará una gama de secuencias y matices en las pasiones activas con una marcada orientación hacia la “passio” que sostiene la perversión, de la que da buena muestra toda la narrativa fúnebre y macabra presidida por Edgar Allan Poe y Baudelaire. En la región filosófica, el positivismo y sus

derivaciones sobre el pensamiento de lo social y de la constitución del sujeto en relación al Otro marcará una inflexión hacia la anormalidad –todo el pensamiento psiquiátrico de la época desde Esquirol, Pinel, Morel, hasta Séglas y de Clérambault y, básicamente, el arrastre del innatismo de Lombroso se ocupan de la actividad pasional dinámica– y los asociales y marginados. El énfasis sobre la “locura” y las “disposiciones atípicas” son el fermento donde la marginación, el obrerismo, el hambre y la desposesión marcarán el polo extremo de la “riqueza social” y mundana que circula en el mundo de Balzac. El punto de vacilación está en Zola y el más allá en Eugenio Sué. Lo “siniestro social” aparece como condimento fuerte de las narraciones de la época, desde 1830 hasta 1900 en Francia y en Italia, que serán el modelo de la novela positivista argentina. Cuando el relato realista excede el marco narrativo consagrado –formas del relato, retóricas presenciales aunque estén en tiempos del aoristo, como el autorretrato, la presentación, el panorama, el fotograbado, la fotografía, la impresión, el “estar allí de las cosas”, el presente del indicativo intemporal; en tanto el pasado en la novela realista sólo aparece como “causa” y nunca como “efecto” o como “retrogradación” (habrá que esperar a Proust, a Virginia Wolf, a Joyce para la aparición de los efectos “après coup”) o las marcas del verosímil psicológico o las del verosímil fisiológico– la fisiología como antes la fisiognómica constituye un “orden de verdad” que sostiene el relato, que lo certifica ante el lector. Cuando Freud señalaba con aguda percepción que la “anatomía era el destino” –lugar común insoslayable–, se quedaba a mitad de camino entre la estática y la dinámica, entre la estructura y la función: la fisiología es el destino de los personajes de Zola, como el de los de Elías Castelnuovo. En el momento en que el relato de la realidad se trasfunde con el relato de la verdad –dos relatos inconciliables–, y en su afán de profundidad desciende a los “infiernos sociales”, revierte la realidad en infrarrealidad. Las poblaciones narrativas se modifican –siervos, obreros, sirvientas, analfabetos, pobres, miserables, prostitutas, asalariados, locos asilados, carcelarios (presos y carceleros) –, lo infrasocial constituye el fermento y la base de la literatura baja, el objeto determina tanto al sujeto como al enunciador. La riqueza psicológica de Balzac –psicología del inventario social: usos, vestuarios, costumbre, vajilla, habitación, morada, siervos, palacios, sucuchos, bancos y el alto y la planta baja, judíos y marqueses venidos a menos, las réplicas de lo micro-social del siglo XIX– culmina en Proust contaminada con un activismo descriptivo que destruye el perfil y el contorno para contraerse en la “fisonomía” como espejo de las profundidades, o en la incisión de los abismos de los instintos, donde Lombroso y Darwin reúnen la locura hereditaria –la bestialidad, la idiocia, la criminalidad nata, el estigma social– y su contracara, la selección natural de las especies, por lo menos en lo que se llamó el darwinismo social.

La antigua medicina, siguiendo a Hipócrates, había clasificado los temperamentos en los estados bilioso, atrabiliario, flemático y sanguíneo. El

temperamento que provenía de la psicología moral del siglo XVIII (La Bruyère, Rochefoucault, Chamfort) termina por comprometer una “caracterología” que fundará sus raíces en la praxis diagnóstica como en la revelación literaria. El predominio fisiológico dio como consecuencia la organización de un sistema orgánico y simultáneamente una “manera de ser” o de reaccionar de los sujetos con abierta predilección, contenida en sus ejemplos, hacia las características de las personas tenaces e impulsivas. Esta coloratura funda el matiz literario de la narrativa del siglo XIX. Había que pagar un precio -el del verosímil- para ostentar esa “fiereza”, esa “inquietud maniaca”, y en el extremo esa “insanía” en la mostración de los personajes como ejemplos de los tratados de psiquiatría. Por eso la pasión colérica era más visible y sus síntomas más evidentes, y el temperamento bilioso y sus determinaciones térmicas (calientes o frías) eran más notorias y con mayor prestigio literario. El impulso afectivo que regula las disposiciones del humor -su tímica- era el fundamento de las pasiones y de la caracterología; lo acuoso, lo fluídico, lo líquido abrían la posibilidad de fértiles descripciones de la conducta en los ejemplos de los tratados como de la mostración literaria. Interesa recordar que Parret (Cf. Parret, 1986), reconociendo quizá arbitrariamente que se volvía a ocupar de una problemática pasada de moda, en contraposición a la actualidad de la teoría de las pasiones propuesta por Fabbri, reponía la caracterización de lo tímico siguiendo la línea de Greimas, pero resolviendo el problema en otra dirección, reinstalando la consideración de lo existente a partir del cuerpo propio y del cuerpo del otro: la corporalidad que viene de la percepción del otro, coincidiendo con Merleau-Ponty (Cf. Merleau-Ponty. *La Phénoménologie de la perception*, 1945), instalando la consideración de lo existente de la corporalidad actuada en el sujeto para otro, en el reconocimiento que hace el otro del cuerpo propio y del cuerpo del otro, el estadio del espejo, diría Lacan retomando a Wallon. Esta constitución voyeurística presupone la alteridad como constitutiva del sujeto, superando la radical soledad interoceptiva hacia un más allá existencial, vital, en términos analíticos, pulsional. Este nuevo espacio es “indecible”, asémico y ontológicamente atético. Estas proposiciones procuran un investimiento de lo morfológico por lo existencial. Todas las modalidades greimasianas, aún las referidas a las pasiones, el reconocimiento de una “ratio” de lo irracional, para dar cuenta de eso que hoy llamaríamos el cuerpo pulsátil investido por las emociones, los sentimientos, las pasiones, tienen una estimación racional. Es de advertir que las clasificaciones que dan cuenta de la afectividad del sujeto desde Aristóteles, Platón, hasta Descartes, Spinoza, Hume, y en la fenomenología contemporánea, Husserl, Sartre y en menor medida Merleau-Ponty, fueron siempre pensadas desde la perspectiva de un “cogito” pensante y por ende racional, como la medida de la conformación, de la valoración de lo propiamente tímico y de la formación de los sentimientos y su incidencia en el otro, una axiología ético-moral y su experimentación dentro de los sistemas de lo social. Este hecho importa, pues es la única precisión que pode-

mos relevar. ¿El heroísmo del mundo antiguo se ha transformado o desaparecido en la época contemporánea, quizá reemplazado por lo que camuflamos como “solidaridad”? ¿Y en términos de valor, ya no es la belleza platónica, ni la justicia aristotélica, sino la “utilitas”, en términos de Bentham? Las construcciones tímico-semióticas tendrían sentido hoy si las aparejamos a una teoría pulsional de los afectos que subyace en Freud, una teoría energética de cargas y descargas de movimientos libidinales, una teoría activa de la dinámica pulsional que entrecruza las pulsiones de vida y de muerte.

Las categorizaciones semióticas de las pasiones siempre privilegiaron las pasiones activas o eufóricas; la historia de las pasiones, materia impalpable, privilegió las pasiones disfóricas y enervantes, la literatura aprovechó todas las pasiones, las transformó, las invirtió, las confundió, las extralimitó, el odio se transforma en amor, el rencor en “pathos” trágico, la avaricia en prodigalidad, la estulticia en “hybris” asesina, la bondad en tontería cívica y la venganza en reparación. La socialización de la venganza transforma el fondo de rencor que subyace en ella, la intelectualiza, la despoja de su fuerza pasional y la transforma en justicia. Históricamente, la justicia divina presidió el reconocimiento de la deuda tanto como el de la pena, y la justicia profana, al rescatar para sí el derecho de precisar el cómputo de la deuda como el sistema de penalidades y pago, debió asumir la responsabilidad legal de la punición y reglamentó el Derecho, y en forma específica el Derecho Penal, resumiendo y delegando el Poder y simultáneamente el Saber, el poder-hacer (potencial) y el saber-hacer (actualización).

La preocupación de Paolo Fabbri se desplaza de la teoría semiótica a los trabajos de análisis de ciertos órdenes de sentido en estructuras narrativas muy particularizadas, como pueden ser “los objetos crípticos”, el “secreto”, las construcciones textuales y, por supuesto, la pasión. Esta reflexión, producto de muchos trabajos, se encarna en dos libros: uno de 1995, *La svolta semiótica*, y otro de 1998, *Tácticas de los signos*, que parecen responder a dos instancias, la teórica y la aplicación, pero sería un error considerarlos de esta manera, en tanto las reflexiones teóricas se van hilvanando con los análisis particulares en el transcurso del discuir y del estilo, grave, sólido, de sus intervenciones. En el segundo de sus libros recupera una expresión muy en boga que produce efectos en la discusión teórica contemporánea. Si la traducción de “svolta” es “giro”, debemos particularizar qué entiende Fabbri por “giro semiótico”. Fabbri es muy claro y escueto frente a los diversos usos de los conceptos de la significación (significado, significante, significancia, etc.), y dice sencillamente significado, que ya es mucho decir y mucho apostar. Si entiende el “giro” como sinónimo de “pliegue”, hemos pasado de Nietzsche y Heidegger (el esencial giro lingüístico estaría en Heidegger) a Deleuze. Es claro el intento de inscribirse en un realismo en su apelación a Deleuze cuando declara que el “giro” es un pliegue y por ende un doblez, y la antigua metáfora de la tela, trama, (del latín “texere”) tramar, entrelazar que va desde las

Metamorfosis de Ovidio hasta Kristeva o Rifaterre: intertexto, intertextualidad (Cf. *Texte. Revue de critique et théorie littéraire*. N° 2, 1983. Ed. Trintexte, Canadá), vuelve a aparecer ahora teñida de cierta velocidad, como un intento de desprenderse de “rupturas anteriores”. ¿Es que esta presentación es una instancia de reponer el pasado en su presencia de presente (pliegue-repliegue), o una estrategia para definir una teoría semiótica ajena a la intrepidez vanguardista? ¿O en la línea barthesiana de actualizar la relación entre lo actual y lo inactual que subyace en la polémica modernismo-posmodernismo? Esta preocupación es la que está en la base de las propuestas de Fabbri:

- a) el estudio de la orientación epistemológica;
- b) el “organon” de los métodos, y
- c) la presunta oposición entre el saber y la práctica, hecho que revela el carácter general de la teoría semiótica que propone pero que quizá obstaculice su pretensión de separarla de la reflexión filosófica.

Desde siempre, desde Aristóteles y Platón, desde Tomás y los “modistas” medievales y Descartes y Leibnitz y en Pierce y Saussure, las preguntas primeras son sobre el problema del sentido y de la significación (vb. los empiristas ingleses tanto Berkeley como Bentham), los interrogantes son los mismos, las respuestas son diversas y muchas e interesan a diversas disciplinas. La oposición, que no se resuelve integrando una nueva canonización ni en una nueva asistematización entre heurística e interpretación, es lo que está en el centro de la preocupación de Fabbri. En su intento de renovar la explicitud de la semiótica no puede menos que apelar a nuevos sesgos, por ejemplo Michel Serres o Bruno Latour. Lo que aparece como evidente es la remitencia a una cierta sensatez neorrealista, por ejemplo el rescate de la Biología, de la Física, de la Botánica, de la Zoología, quizá con el intento de plasmar lo que hemos llamado una Plantología y una Insectología, en definitiva una instintología cibernética para defendernos de los ácaros informáticos. La semiótica dio cuenta de todas las perspectivas y siempre se ocupó de la significación del signo mayor, el de la vida; como lo dice el estereotipo, “dio señales de vida”. Y en el momento actual, como bien lo puntúa Fabbri, se inclina a eso que hemos llamado “efectos de afecto”, a una morfología aspectual y desiderativa de las pasiones. Al proponer una semiótica dura, Fabbri debe inclinarse hacia la constitución de universos de sentido claros y distintivos, pero cuando al certificar el carácter “flou” de las semióticas transversales, aquellas que destituyen el sentido atacando la significación, como es el caso de la literatura contemporánea, pareciera que estas unidades entran en colisión. Entre Greimas y Deleuze no sólo hay una distancia “ideológica”, sino un distanciamiento formal intenso como lo hay entre lo sólido y lo fluido. El artilugio retórico de Fabbri es hacer pasar lo “fragmentario” hacia lo sólido y concreto, hacia lo universal abstracto. El fragmento es duro –dice– y no puede desdeñar las figuras, es nostálgico. Y aquí la certeza es absoluta. Toda parte es el recuerdo de una imaginaria totalidad anterior que le

dio origen; y si todo viene por “partes”, es porque la parte es una totalidad menor, una constitución frágil que remite a otra totalidad tan frágil como la primera. La parte siempre convocará un delirio de desintegración; lógicamente recordará la totalidad y matemáticamente al entero que lo precedió. Esto no implica ningún registro temporal efectivo, sino que opera en el nivel de lo imaginario. En la efectividad de la historia de la semiótica a la que apela, las semióticas universales fueron reemplazadas por semióticas particulares y semiologías de investigación, uno de cuyos productos particulares es el trabajo preciso, sutil, puntual de Paolo Fabbri. La declaración firme es, al nivel de estrategia discursiva, contestataria, y en el nivel epistémico, una reafirmación de los enunciados primitivos y generales que intentan fundar una teoría. Si el “primitivo” de la teoría lingüística es el “signo” (Saussure), y el “primitivo” de la teoría pierceana es la constitución del pronóstico de la concepción triádica del signo y el “representamen” que funda la semiosis ilimitada, Fabbri se inclina por una semiótica de formaciones estratégicas que integran formas discursivas, sobre todo la narratividad y la argumentación, con tácticas y pericias de formación textual no necesariamente lingüísticas, porque debe dejar el modelo lingüístico barthesiano de la primera época y apelar a construcciones figurativas que integrarían la forma “discurso”, en tanto “textos de objetos complejos” a partir de la pintura, del cine, de la moda, de los “organismos fictivos” hacia una reflexión generalizada de la semiótica. Ir de lo particular a lo general; es decir, del Barthes de los “Elementos de semiología” al Aristóteles de la “Política”, pasando por Hjelmslev, en donde teoría y praxis se reúnen atravesadas por un modelo de conflictividad semiótica. Es claro, para nosotros, que el modelo explícito de Fabbri es el “conflicto” y, subyacentemente, el de la “guerra”. En otra oportunidad, hemos teorizado sobre el “polemos” sustancial de la confrontación semiótica, la “guerra de los signos”, pero Fabbri es más explícito y claramente contundente: el modelo accional de los contendientes tanto discursivos como pasionales, tanto persuasivos como operacionales, gesto y acto. Lacan, ajeno a las preocupaciones de Fabbri, traducía el Génesis: “En principio era la Acción”, destituyendo al Verbo.

La reunión entre fondo y forma, entre significante y significado, sostiene la yacencia quasi-material de la “forma de la expresión” y la “forma del contenido”, generando los planos de los dos formatos. La remitencia constante a la Glosemática repone sobre la arena de la discusión el problema de la materialidad del signo y del referente y todas las vertiginosas preguntas –y objeciones– sobre la misteriosa relación entre significante y referencialidad, sobre todo en los sistemas de co-referencialidad, en los procesos anafóricos y catafóricos, entendidos ahora en la sintáctica textualista (Cf. Janos S. Petofi. 1996). La vocación de Fabbri es reenviar las singularidades hacia lo general, bordeando y eludiendo –con el riesgo que ello implica– una reflexión lógico-filosófica: palabras, objetos, cosas, ¿quién es el “primus”? En primer lugar, esto implica una extensión lógica pero también dia-

crónica -hecho que la lingüística propuso vagamente pero que eludió-: primero vienen las cosas, luego los objetos y por último las palabras. El problema venía de lejos, desde el "Cratilo" de Platón hasta la disputa entre nominalistas y realistas en la Edad Media. La pregunta que subyace en la propuesta de Fabbri viene del campo de la textualidad y la respuesta es realista. La apelación a las teorizaciones de Foucault ("formaciones discursivas" en la línea de Marx) y la de Deleuze (como interacción significativa que atraviesa el signo y crea nuevos objetos) lo ubica en ese nuevo realismo que subtiende la constitución formal entre expresión y contenido. La semiótica debe caracterizar conjuntos orgánicos de formas y sustancias, de lo que debemos presuponer que es una nueva colocación de la semiótica aristotélica.

Cuando Fabbri teoriza sobre las pasiones, vuelve a Greimas (A. J. Greimas, 1983); recompone la constitución de las secuencias sucesivas establecidas entre frustración-insatisfacción-agresión, que acusarían las formas disfóricas que sostienen el carácter violento de la cólera que la vincula con el comportamiento sádico: sufrir, hacer sufrir, experimentar placer. Fabbri conserva (Cf. "Aproximación menor a las pasiones: la criba semiótica", 1995. Fabbri, Paolo. *Tácticas de los signos*. Barcelona, Gedisa Editorial, 1995) los dos movimientos correlativos en la cólera, de afirmación de sí mismo y de la destrucción del otro, donde el sujeto airado incrementa su poder de hacer y se larga a la acción antes de haber definido, en su esquema accional, un programa de acción. ¿No será que la dialéctica de movimientos correlativos no son tales, sino que la acción colérica en ese instante intemporal del llamado "ataque de cólera", de ese "arranque de cólera", como dice la "verba popularis", en tanto la acción no estaba destinada al otro sino a sí mismo en el masoquismo primario y a nuestra mismidad radicada en el otro, en el sadismo que intenta matar en el otro - "mi enemigo, mi semejante, mi hermano" - aquello que nosotros somos? La cólera va dirigida contra sí mismo y en otro contra nosotros mismos. Uno destruye en el otro lo que odia en sí mismo. ¿No será eso el movimiento paradójico de la pasión? Retomando la caracterización de Greimas, Parret (Cf. Herman Parret. *Les passions. Essais sur la mise en discours de la subjectivité*. 1986), al insistir en la problemática emocional y su fundamentación analítica, hace hincapié en la vertiente psicoanalítica, sin advertir que el "psicoanálisis existencial" descalifica la categoría de inconsciente y por ende las emociones son y existen, como diría Spinoza, en base a la creencia del sujeto en su placer o displacer y a la posibilidad que el sujeto tiene en diferenciarlas cognitivamente, aunque la pasión imaginaria de Spinoza alcance otros registros (Cf. Benito Espinosa. *Ética*. México, Fondo de Cultura Económica, 1958). El psicoanálisis no posee una teoría de las emociones fundamento de la pasión, pero las categorías de causa psíquica, necesidad, demanda y frustración son la base más elaborada de su sistema y se anida en las formas en que aparece el afecto y sus transformaciones, haciendo hincapié en la angustia y el temor. Cuando Parret,

embargado de su formalismo psicoanalítico, recurre al sujeto cognoscente y a la pasión, es decir, a una forma de saber y de creencia, no postula el saber del sujeto analítico; esto es, la trama de saberes y mediaciones de los saberes no sabidos que construyen el sujeto pasional del sujeto analítico, y esto lo separa abiertamente de la reactivación del afecto desde la perspectiva analítica. El saber de la pasionalidad que constituye la base de la mediación literaria, y pienso en Yocasta, en Clitemnestra, en Fedra, en Antígona, en Medea -la pasión no es básicamente femenina pero feminiza al sujeto- es saber en desmedro. El "real" de la literatura realista en la extremidad de la "furia" de los mendigos de Buñuel, en la "ira" de clase de las manifestaciones de los hambrientos en los albores de la Revolución Francesa y las muchedumbres vindicativas del asalto al Palacio de Invierno, prefiguraban las manifestaciones del 17 de octubre. La pasión es ciega, como dice la doxa, pero puede alimentar la rebelión.

Es verdad que Freud resume su teoría de los afectos, del coeficiente de afección y de la determinación de las pulsiones y sus desvíos narcisistas o superyoicos, no en el plano puramente inconsciente, sino en la química de las pulsiones que la sostiene y en los sistemas de cargas y descargas que no operan en la escena inconsciente para el sujeto que dice amar aquello que no conoce (objeto ausente del deseo) y desear aquello que conoció en otro tiempo (repetición). La incompreensión de cierta semiótica se hizo mucho más evidente cuando retomó la significación, estado y potencialidad de las pasiones. Las cargas de afecto recorren toda la escena psíquica y su dinamismo está engendrado por el motor de las emociones, sean estas incoativas o melancolizadas, y no es una selección ideológica sino un destino natural que las pasiones de fuerte atracción y saturación de objeto, pasiones de amor y odio, sean las mejores que podemos relevar en la cultura occidental en sus efectos desde las páginas de cualquier periódico hasta la alta y baja literatura; desde Edipo a Fedra, desde las hermanas Papin al caso Aimée, desde el fatalismo orgánico de Lombroso a la celotipia de Clérambault, desde la psicosis paranoica al "devenir mujer" del Presidente Schreber, o la del niño asesino de niños (el Petiso Orejudo). Si la literatura es peligrosa es porque siempre inspiró crímenes.

Las "pasiones exaltadas" son las únicas reales, como diría el naturalismo e incluso el realismo, si creemos en Balzac (Cf. *La piel de zapa* o *Un asunto tenebroso*). Esta exaltación se debía a la con-moción que suscitaba en el lector, pero también en un ideograma social que permitía acercarse al oscuro corazón enrarecido por el rito social y por las ideologías circulantes que convivían en su seno, orientando el comportamiento de los sujetos. Lo puramente biológico operaba en el sujeto a partir de un "sistema de traducciones" ideológicas circunscriptas en el magma social como cristalizaciones y enunciados coactivos programáticos, como por ejemplo, "los hombres no lloran" que circulaba en las narraciones de fin de siglo XIX y que encontraría su mayor resolución en el folletín, el melodrama y posteriormente en

la radionovela y la telenovela. Actualmente, los hombres han comenzado a llorar para demostrar su sensibilidad, su cobardía o su afeminamiento, o la exaltación amorosa que coagula el discurso (la lucha es entre llanto y discurso) recordando quizás a Werther. Cuando la psiquiatría y el sanitarismo social de la época (Cf. Henri Eilenberger, 1994) estudian el alcoholismo femenino –más ultrajante que el del hombre–, más allá de su incidencia en la histeria y en las “locuras melancolizadas”, insisten en acordarle un halo neurótico con ejemplificaciones literarias. La descripción de la sintomatología y la estructuración sintomal tiene un carácter literario que aprovecharon tanto el teatro como el cine. La dipsomanía y el “delirium tremens” poseen un carácter de especularidad y de escenificación como el de la locura –el teatro de los locos– propicios para su mostración. El axioma de “verdad narrativa” –se presupone que lo que leemos es “verdad” aunque no sea “real”– referido al acto de lectura establece una correlación “fisiológica” con el lector, un exutorio, el llanto, una supuración, las lágrimas, una sofocación, un mareo, una asmática espasmódica, el “angor pectoris”, quizá el marco fisiológico de la angustia, eludiendo el filtro de la conciencia, el sentimiento convertido en sensibilidad, el más acá de la percepción antes de convertirse en certeza, el fondo oscuro y por momentos repulsivo de la exteroceptividad corporal hacia el mundo, el cuerpo que todavía no es “individuo” pero tampoco es “especie”, o el cuerpo que regresa a la interoceptividad.

Cuando Zola, en *La Bestia Humana*, propone una personalidad característica –y el carácter tiene algo de primitivo, atávico y hereditario, algo anterior a la constitución del sujeto, y por ende afecta como causa primordial–, elabora la marca política de la fuente corporal de la herencia familiar, un estigma: la perversión moral disfrazada por el arquetipo de una salud expuesta y de una vitalidad encubridora que anuncia la fuerza como bestialidad. Deleuze (Deleuze: 1969) instaura una temática: el alcoholismo como relevante en la literatura contemporánea (Fitzgerald, Malcon Lowy, Abelardo Castillo), desplazado actualmente por otra ingesta, la droga como exaltación, como extrema lucidez, como exacerbación de la fantasía y del instinto sexual, como transposición de un más allá de la conciencia y el mundo (el alucinógeno: desde Aldous Huxley –la mezcalina–, toda la literatura “hispano”-Kerouac, *El ángel subterráneo*, el *Festín desnudo* de William Burroughs hasta Néstor Sanchez –la maconha–, y Nestor Perlongher [Cf. Nicolás Rosa]). El alcoholismo como germen de la locura fue uno de los fenómenos más acentuados en la literatura del naturalismo como emergente y producto de dos términos contradictorios en donde las formaciones causales se solidarizan en función de la “herencia” y el “innatismo”, y en la vertiente de un preciosismo lírico, como inspiración poética: el ajeno (el “absinthe”) de Verlaine-Rimbaud, hasta los “Alcools” (aguardiente) de Apollinaire.

En el siglo XIX, tanto Morel (1857) como Magnon (1884) y Legrand (1899) ilustraron la causa de la degeneración en la “locura alcohólica”: los degene-

rados eran bebedores y los bebedores eran degenerados. Este círculo como nunca tan nítidamente vicioso, impedía precisar el mecanismo de la transmisión hereditaria -familias de alcohólicos- sin el efectivo recurso de una multicausalidad en donde se entrecruzaban hábitos familiares y sociales, veleidades culturales -vincular el alcohol a todas las formas de la potencia masculina, desde la sexualidad hasta el coraje y la valentía- y formaciones estratificadas de la ecuación familiar. El siglo XIX propone una matriz fuerte encarnada en dos términos: familia y tradición. Las toxicomanías alcohólicas son el efecto de una pluralidad causal de factores genéticos, biológicos, afectivos y sociales que desalojan el innatismo y la cronicidad. Desde el punto de vista del imaginario colectivo, el alcohol, y luego la droga, son hábitos totémicos valorizantes de la revitalización, entre las vaporizaciones éticas dionisiacas y la somnolencia órfica. La mujer ebria, en la novela naturalista y las diagnósicos de los casos clínicos del siglo XIX, está destinada a la prostitución, como el hombre al crimen y a la ergástula. Hemos pasado del destino a la predestinación. La descripción de Zola en *La bestia humana* está calcada, y el "calco" es un fenómeno retórico del naturalismo impreso en una fisiognómica relevante y estereotipada: el rostro, la cara congestionada, tumefacta, la tez coloreada y amoratada, las conjuntivas inyectadas de sangre y lacrimosas, el habla balbuciente y la tremulación constante hacen de ese "rostro" una potente figuración modular de la novela donde quedará el hueco a llenar por la diagnósico: la tara.

En la presentación de "La bestia humana" en las Obras Completas de Zola, publicadas por el *Cercle du livre précieux* (Paris, 1971), Deleuze reitera: en el mundo de su propia contemporaneidad, Zola descubre la posibilidad de restaurar lo épico. La suciedad como elemento de la "literatura pútrida" es la historia del sustento sobre su fondo de muerte. La grieta (la "fêlure") es el dios épico para la historia de los instintos, la condición que hace posible una historia de los instintos en el mundo del Segundo Imperio.

Esta afirmación de Deleuze, precisada históricamente, presenta una definición distinta de lo épico, una gesta de las fuerzas oscuras que mueven al hombre. En rigor de verdad, el "destino" de Jacques Lantier y Severina, su compañera, es un destino trágico y entraría en colisión con la afirmación de Deleuze. La transformación de los géneros no depende de una diacronía literaria o retórica, aunque asuma aspectos histórico-formales, sino de las modificaciones estructurales del régimen social y político; la retórica no puede subvertir el orden social, sino que lo confirma y lo legitima. La tragedia burguesa pareciera no ser ni épica ni trágica y si seguimos a Marx y a Bajtín, las configuraciones retóricas dependen de las transformaciones del sujeto social que enuncia, dicta o transcribe visceralmente su pasión. La tragedia del "instinto" tampoco podría ser épica, en tanto la presencia del elemento mediador es la "muerte" que va más allá de las categorías retóricas. La muerte no tiene sitio (espacio) ni tiempo (temporalidad), pero si tiene "lugar", en donde se mezclan sitio y tiempo, en el sentido que tiene en el sintagma: "la

muerte ha tenido lugar”, puro despojo de la localización y la temporalidad. La significación retórica de la muerte no puede ser explicada por el diccionario ni por los tiempos gramaticales más allá del propio enunciado en su propia deflación, en su propia muerte. La muerte siempre “triunfa” sobre las categorías retóricas.

Bibliografía

- BODEI, Remo (1995), *Geometría de las pasiones*. México, Fondo de Cultura Económica.
- DELEUZE, Giles (1969), «Zola et la fêlure». En *Logique du sens*. Paris, Editions de Minuit.
- ECO, Umberto (1997), *Cinque Scritti Morali*. Milan, Bompiani.
- ELLEMBERG, Henry (1994), *Histoire de la découverte de l'inconscient*. Paris, Arthemie-Fayard.
- ESPINOZA, Benito (1958), *Ética*. Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- FABBRI, Paolo (1982), *La svolta semiotica*. Roma-Bari, Gius Laterza e Figli Spa.
- (1995), *Tácticas de los signos*. Barcelona, Jedis Editorial
- FOUCAULT, Michel (1966), *Les mots et les choses*. Paris, Gallimard.
- FONTANILLE, Jacques, *Morphé*. Ciencias del lenguaje 9/10. Años 5/6. Junio 93/ julio 94.
- FREUD, Sigmund (1970), “Un recuerdo infantil de Leonardo”. En *Psicoanálisis del Arte*. Madrid, Alianza Editorial.
- GREIMAS, AJ. (1976), *Maupassant. La sémiotique du texte. Exercices pratiques* Paris, Du Seuil.
- (1983), «De la colère. Etude de sémantique lexicale». En *Du Sens II. Essais Sémiotiques*. Paris. Du Seuil.
- GUILLERME, André (1997), «Chemins, routes, autoroutes». En *Qu'est ce qu' une route?* Paris. Les Cahiers de médiologie, Gallimard.
- LATOUR, Bruno (1991), *Nous n'avons jamais été modernes*. Paris, Ed. La Découverte.
- MARTÍN, Pierre (1984), *Argent et psychanalyse*. Paris, Navarin Éditeurs.
- PARRET, Herman (1986), *Les Passions. Essais sur la mise en discours de la subjectivité*. Bruxelles, Pierre Mardaga Éditeurs.
- ROSA, Nicolás (1997), *Tratados sobre Néstor Perlongher*. Buenos Aires, Ed. Ars.
- (2003), “El relato de la droga. Sobre la obra de Néstor Perlongher”. En *La letra argentina*. Buenos Aires, Santiago Arcos.
- (2004), Introducción a Lo Neutro de Roland Barthes. En Roland Barthes, *Lo Neutro*. Notas de cursos y seminarios en el College de France, (1977-1978). Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- SARLO, Beatriz (2003), *La pasión y la excepción*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- SIMMEL, George (1999), *Philosophie de l'argent*. Paris, Presses Universitaires de France.
- SERRES, Michel (1969), *Hermes ou la communication*, Hermes I. Paris. Editions de Minuit.
- (1977), *La distribution*. Hermes IV. Paris, Ed. de Minuit.
- (1980), *Le parasite*. Paris, Editions Grasset.
- (2004), *Rameaux*. Essais. Paris, Éditions La Pommier.